



Tabla pintada del
siglo XVIII.



«San Luca», después de la
primera limpieza.



«Maestro delle Magdalena», después
de la segunda limpieza.

REGGIE GALLERIE,—SAN LUCA.—FLORENCIA

RESTAURACION DE PINTURAS EN ITALIA

LA técnica de la restauración de obras de arte ha podido alcanzar, mediante la aplicación de métodos científicos, resultados tan sorprendentes que en buena parte habrán de dar lugar a una renovación de la crítica, a modificaciones en algunos conceptos en la historia

del arte y de la catalogación de las obras restauradas.

Los museos de Europa tienen, por lo general, consejos técnicos encargados de velar por la conservación de las obras que contienen. En Italia, particularmente, donde el cuidado de su inmenso tesoro artístico es una

preocupación de primer término, se han venido constituyendo, gracias a pacientes estudios y observaciones, núcleos de expertos de prodigiosa erudición y restauradores capaces de aplicar a su arte las posibilidades de la física y de la química modernas. Entre estos conocedores el célebre escritor e historiador de arte Conrado Ricci, logró formar, mientras fué director de las Galerías Reales de Florencia, el Gabinete de Restauraciones de la Superintendencia del Arte Medioeval y Moderno en la Toscana.

Trabajan continuamente en este gabinete el señor Pietro Sampaolesi, que tiene funciones técnicas directivas y el profesor Gaetano Lo Vullo. Como extranjeros, llamados a prestar una preciosa colaboración, el profesor Augusto Vermehren, maestro de la restauración científica y que es el animador e inspirador de la institución, Teodocio Sokolow, encargado de la restauración pictórica, un ayudante, un dorador y un especialista en tablas y maderas.

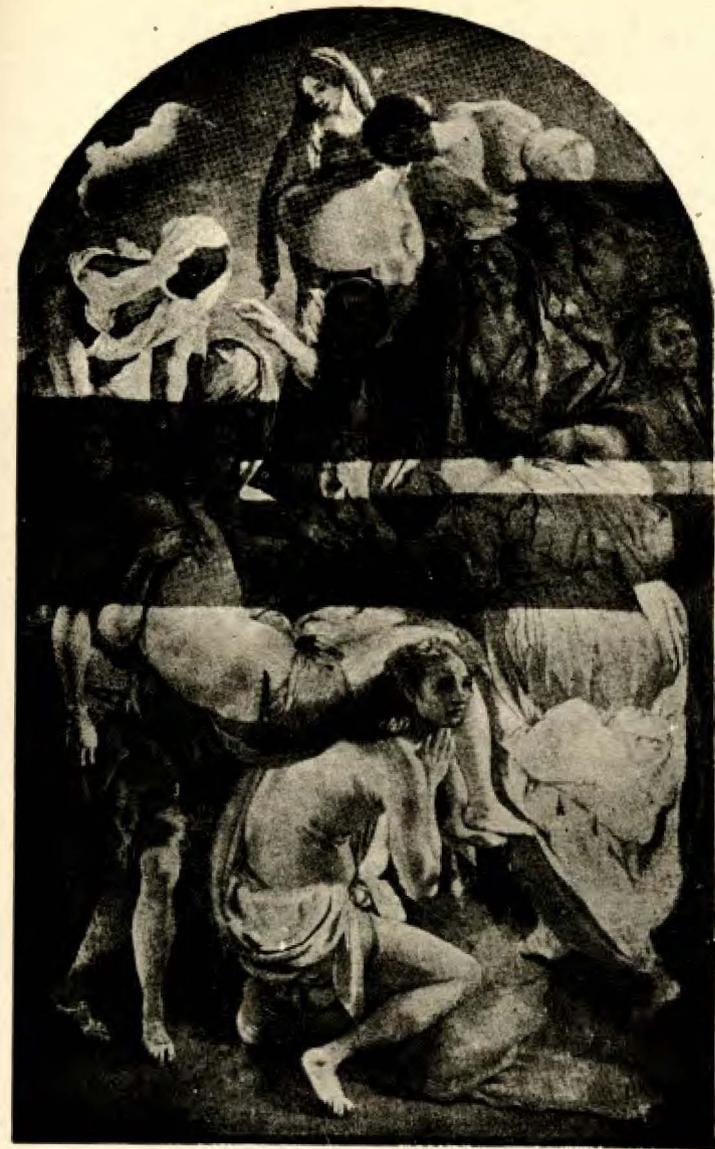
Para la restauración moderna, no es el ideal llenar con colores las saltaduras de los cuadros como se ha practicado entre nosotros, ni agregar barnices que el tiempo vuelve amarillos y opacos y que contribuyen por su parte, al desaparecimiento de la pintura. Restaurar un lienzo o una estatua—lo que también se ha practicado en la escultura policromada—es despojarlo de suciedades, barnices y refacciones agregadas al primitivo original.

Es en este sentido que los trabajos efectuados en el Gabinete de Restauración florentino son preciosos por lo que pueden revolucionar en el campo de las ideas estéticas, por lo que pueden contribuir a fortalecer no pocas de las ambiciones y esperanzas del arte moderno, por la luz que proyectan, al reparar obras primitivas, o de estilo bizantino, en la llamada noche de la Edad Media.

No hay duda que el espíritu racionalista y positivo del Renacimiento, de que han salido la filosofía y la civilización contemporánea, ha menospreciado injustamente las manifestaciones de la vida espiritual del Medioevo. Así, el arte encantador de los iluminadores (enlumineurs), de los calígrafos y de los vidrieros, arte esencialmente místico y lleno de gracia y fantasía, no ha sido justamente apreciado sino cuando las obras artísticas del Oriente se impusieron a la admiración de Europa. Esta desestimación de los bizantinos y de los primitivos durante la Edad Moderna y buena parte de la Epoca Contemporánea, llevó a los monjes a la tentación de aprovecharse de las tablas antiguas, ya fuese modernizándolas con agregados y refacciones, ya fuese mutilándolas o añadiéndoles nuevas superficies que los acomodasen a estilos más recientes.

Las fructuosas experiencias de los restauradores modernos han podido retrollevar las obras sometidas a sus manipulaciones a su estado originario, restituyéndolas al espíritu religioso y fantasista de su época. De antiguallas de colorido sordo y sucio, de aspecto realista han sido convertidas en tablas de colores brillantes y ricos y cuyo dibujo tiende, por sobre todo, a dar a la línea una riqueza rítmica y una elegancia incomparables.

Entre otros trabajos curiosos y que pueden ilustrar sobre la marcha seguida por la restauración, vale la pena indicar las diferentes etapas y transformaciones del «San Lucas», que, hasta poco guardaba la Galería Real y que será expuesto en la Galería de la Academia. La primera figura reproduce la tabla repintada entre el siglo XVIII y el XIX. Su aspecto era el de uno de los innumerables santos, mediocrísimas pinturas, fabricados para satisfacer a las demandas de modestas parroquias. Sin embargo, la forma



Florença S. Felicita.—Jacobo, Da Pontormo.—«El descendimiento» durante la limpieza: las partes oscuras habían sido ya sometidas a una primera limpieza, que habían librado el cuadro de la capa de humo más reciente.

de la tabla, el oro del fondo y la hermosa colocación de la figura hacían pensar que se trataba de una refacción. Una radiografía del cuadro convirtió en certeza esta esperanza y permitió proceder a la limpieza de la tabla. Levantada la capa de pintura añadida, una nueva imagen aparece perfectamente conservada y cuyo estilo, como puede verse en la

figura 2, difiere esencialmente de la primera. El resultado no es todavía satisfactorio. La cabeza del santo y el cuerpo no se avienen ni en cuanto al colorido, ni en cuanto al estilo. Es, como puede verse, la cabeza demasiado abultada para el cuerpo. Una segunda limpieza—esta vez más difícil porque no parece mediar mucho tiempo entre este agregado y la pintura primitiva—consigue, no obstante, rescatar la cabeza original y se obtiene una de las pinturas del mil doscientos más bella y mejor conservada.

Otras restauraciones igualmente delicadas se han hecho, pero ninguna como la de un tríptico de la iglesia de San Andrés, en Brozzi. La pintura saltada en partes, solevada en otras y próxima a caer a causa de la humedad, dejaba considerar la obra como irremediabilmente perdida. Se intentó al principio pegar la pintura a la tabla, lo cual no se consiguió a causa del mal estado de esta última. No quedó entonces más recurso que levantar la película de color para adherirla a un nuevo soporte.

La importancia de una técnica sabia aplicada a la restauración de obras antiguas no necesita ser comentada, pero las revelaciones inesperadas en lo que se refiere al espíritu mismo de la inspiración de tales obras, dan lugar a sorpresas y reconsideraciones en la crítica de arte que la carencia de una documentación amplia y precisa no nos permite medir en toda su extensión.

No es ya la vetustez hosca, ni el tono pardo rojizo, ni la pátina que parecía constituir una nobleza y que, falseando los valores pictóricos, añade a los cuadros condiciones negativas lo que se trata de poner en claro, sino lo que esos viejos maestros ofrecieron a sus contemporáneos; en la Edad Media: la gracia mística, el encanto pueril de almas cuya religiosidad no había sido aun ensombrecida